

Cinco días permanecemos en aquellos lugares. Allí fué donde nuestro regimiento comenzó á sentir los efectos de aquél clima cruel, creciendo sensiblemente el número de nuestros enfermos, hasta vernos casi todos presa de fiebres violentas por el mal tiempo, durante el cual teníamos sucesivamente lluvias, vientos huracanados y sol devorador ¡y qué lluvias, gran Dios! En pocas horas teníamos más agua que la que en Europa suele caer en toda la temporada de aguas.

“Todas las espitas del cielo se abren á un tiempo,” decía uno de nuestros bufones de taberna.

La permanencia en tales sitios nos fué fatal. Emprendióse en reorganizar el convoy bajo distinto pié, aligerando los carros; y como los hombres iban también excesivamente cargados, dictáronse algunas medidas con el fin de fatigar menos á la escolta. Ibamos ya á ponernos nuevamente en marcha cuando el número de nuestros enfermos se hizo tan crecido, que vino de repente á crearnos un obstáculo tan desolador como inesperado. Se veía á los hombres, como heridos por el rayo, caer instantáneamente atacados de aquellas fiebres terribles, siendo los primeros los más robustos y vigorosos; una sola compañía que en su efectivo contaba ciento veinte y cinco hombres, tuvo ochenta enfermos desde el principio. Los oficiales se enfermaban lo mismo que los soldados, siendo muchos de ellos tan violentamente atacados, que han seguido padeciendo, durante toda la campaña, de resultas de la enfermedad. En momentos de tan dura prueba no dejó de hacer la moral un papel de importancia.

Nadie faltó á su deber desde nuestro enérgico jefe hasta el último soldado; y con todo eso, fuerza es confesarlo, todos en el primer ímpetu nos sentimos acobardados. Habíamos llegado en los momentos en que el *vómito negro* hacía en la costa los mayores extragos. Los primeros síntomas de una indisposición cualquiera, de un malestar general é indefinible, inquietaban el ánimo del enfermo cuyo pensamiento iba instintivamente á detenerse en el azote devastador; las más veces no tardábamos en tranquilizarnos á este respecto.

La ambulancia provisional, establecida en una de las casas de los indios que estaban abandonadas y situadas en una loma que dominaba á nuestro campamento, rebozaba de enfermos á

los dos días. Justo es que dediquemos un tributo de elogios al señor Doctor Mouillac, Jefe de este hospital ambulante, no menos que á los médicos que estaban á sus órdenes. Mouillac, uno de los médicos más distinguidos del ejército, quien después ha tenido ocasión de hacerse apreciar en otros cuerpos destinados á México, no sólo por su dedicación absoluta, sino también por su talento y por el celo á toda prueba que desplegó en los momentos más dificultosos, ya en las ambulancias tras de los parapetos ó á campo abierto, adquirió en la Soledad mil títulos al reconocimiento de los zuavos del 1er. regimiento, que nunca olvidarán ni la amenidad de su carácter, ni los cuidados asiduos y cariñosos que les impartió. Tratábanos de la manera más amable y amistosa, á pesar de lo embarazoso y estorbado de aquel cuchitril que servía de asilo á los enfermos más graves. ¡Y lo estábamos casi todos! Muy en breve el material y los medicamentos fueron insuficientes para un número tan crecido de individuos, y el doctor todo lo suplía con su ingenio y abnegación.....

IV.

Vivaques de Palo Verde y Camarón.—Glorioso combate de una compañía de la Legión extranjera francesa.—Ataque de los guerrilleros á un convoy cerca de Palo-Verde.

Nuestros enfermos, haciendo un esfuerzo supremo, pudieron seguir al convoy: debíamos acampar en Palo Verde como á veintiun kilómetros de distancia; el calor era sofocante. En esta época, la más calurosa del año, y que hace que sean las marchas tan terribles, el sol es de lo más peligroso. Todo el que se ve atacado de insolación, se juzga hombre perdido. Y á pesar de estos peligros, que nadie ignoraba, debíamos pasar adelante por exigirlo así la consigna.

Durante este período hallábame yo á lo último de la retaguardia, extenuado, y pude ser testigo de los sufrimientos de los garradores que agobiaban á nuestros enfermos en número de más de doscientos.

Al llegar á Palo Verde advertimos nuestra escasez de agua y fué preciso ir hasta el Camarón, á seis kilómetros más lejos, para acampar allí.

Palo-Verde es un sitio á propósito para campamento, sobre la orilla de un arroyo casi seco por ese tiempo. Los alrededores son muy boscosos y sirven de guarida á los bandoleros. El día 28 de Enero fué en este punto uno de nuestros convoyes atacado por una guerrilla numerosa que batió á la corta escolta que lo acompañaba desde la Soledad. Un pelotón del 3er. regimiento de cazadores de Africa, á las órdenes del subteniente Janet, valiente y distinguido oficial, cargó contra la caballería enemiga derrotándola, en tanto que una compañía de tiradores de Argel hacía fuego á quemarropa á la infantería enemiga que trataba de cortar el convoy. La bizarra conducta de esta tropa figuró en la orden del día del ejército.

Llegamos tarde al pueblito del Camarón, en parte incendiado y totalmente desierto.

¡El Camarón! este nombre resonaba gloriosa y dolorosamente á la vez en el ejército mexicano algunos meses después, tras el glorioso hecho de armas de la Legión extranjera.

El 30 de Abril de 1863, el coronel mexicano Millan, habiendo sabido que un gran convoy de artillería de sitio debía salir de Veracruz para concentrarse en la Soledad de donde debería dirigirse á Puebla, reunió prontamente dos mil hombres de las guerrillas de tierra caliente y de los batallones regularizados de Córdoba, Jalapa y Veracruz, que merodeaban por aquellos parajes. Era su intención apostarse entre Palo Verde y Camarón con el fin de apoderarse del convoy, echándose sobre una suma de tres millones que el pagador de Veracruz enviaba á la tesorería del ejército que obraba frente á Puebla.

El 30 de Abril por la mañana esa columna enemiga había acampado en la Joya, á dos leguas de los puestos franceses. La concentración de aquellas tropas sobre un punto tan próximo á nuestras líneas, había sido hábilmente practicada, y, sobre todo, organizada con gran rapidez, de tal suerte que en el puesto de Paso del Macho ni aun se había sospechado.

Ese mismo día una compañía del regimiento extranjero á las órdenes del capitán Danjou, contando apenas un efectivo de sesenta y dos hombres, partía del Chiquihuite á la una de la mañana con el encargo de explorar la ruta y sus contornos hasta Palo Verde, á distancia de seis leguas.

Llegado que hubo á la altura de este villorrio, detúvose para hacer el café, como á las siete de la mañana. El coronel mexicano desde muy temprano había tenido noticia de la marcha de aquella fuerza francesa; habían contado nuestros hombres y sabían que era corto su número; Millán resolvió desbaratarlos para lograr su intento de asegurar el convoy cuya importancia conocía.

Serían las ocho de la mañana cuando la caballería enemiga asomó por enfrente de Palo Verde, en número de cerca de quinientos hombres, apostándose sobre el camino para impedir el paso. El café aun no estaba hecho; el capitán Danjou mandó tocar á *asamblea*, derramar las calderas del café y cargar el campamento. Hizo marchar en retirada su columna, preparándola á formar el cuadro contra la caballería en el caso que ésta cargara contra tropa tan débil; desprendió algunos hombres en tiradores, y se internó, á la derecha del camino, entre los matorrales para presentar un obstáculo más á los grupos de caballería que intentasen atacarlos.

El enemigo se retiró; entonces el capitán Danjou se dirigió rápidamente al Camarón. Este pueblo parecía estar ocupado por el enemigo porque, al llegar, uno de sus soldados fué herido por un disparo que partió de una de las casas situadas á la derecha del camino. Registráronse en seguida las casas sin encontrar en ellas alma viviente.

El disparo hecho al aproximarse la tropa fué sin duda una señal, porque al instante mismo el enemigo apareció en gran número sobre la derecha. Danjou sale del Camarón dirigiéndose á él en derechura; el enemigo cedió al principio el terreno, pero á una distancia de algunos centenares de metros la compañía quedó completamente cercada. El Jefe enemigo, que había tomado posición con su caballería regular entre los nuestros y el caserío del pueblo, cargó vigorosamente siendo rechazado por los fuegos del pequeño cuadro. Durante un momento de tregua, nuestra columna, trepando por una pequeña eminencia que se extendía á la izquierda del camino, volvió á entrar en el caserío. Allí, formándose en orden, fué de nuevo atacada, rechazando esta segunda carga como la primera. Nuestros valientes soldados fueron dirigidos hacia las casas del lado Sur del ca-

mino y debieron abrirse paso á la bayoneta por entre la caballería enemiga.

Parapetáronse en una casa cuyas paredes se veían después acribilladas á balazos, atestiguando la resistencia desesperada de aquel puñado de valientes. Dicha casa se componía de un patio cuadrado de cerca de cincuenta metros por lado. Un cuerpo de construcción estaba adosado al frente que daba al camino; las habitaciones comunicaban de un lado por ventanas y puertas con el camino y del otro con el patio. En el interior, y en el fondo del mismo patio se veían soportales caídos y en ruinas de mucho tiempo atrás. Los cuatro frentes de la casa estaban perfectamente orientados á los cuatro vientos cardinales.

El capitán Danjou ocupó al principio el patio y un cuarto situado en el ángulo Nor-Oeste, al mismo tiempo que el enemigo tomaba posesión del cuarto Nor-Este, el cual no comunicaba con el patio más que por una ventana, teniendo del lado del camino un gran boquerón, sin puerta, abierto en la pared.

Las dos grandes entradas del patio fueron cubiertas con barricadas y guardadas por algunos hombres, los otros fueron apostados en el cuarto del Nor-Oeste y en la abertura del edificio que daban vista al patio. También se situó un puesto de defensa en una brecha antiguamente abierta en el ángulo Sud-Este, y el resto de la compañía se subió á las azoteas, quedando á las nueve organizada la defensa lo más hábilmente posible.

El enemigo, fiado en su número tan crecido, intimó desde luego á Danjou con su tropa á rendirse á discreción, recibiendo una respuesta en términos que no le dejaban duda alguna acerca de la determinación de aquellos valientes soldados y en seguida se rompió el fuego por todos lados.

Danjou se multiplicaba, azuzaba á sus soldados y acudía á cada uno de los puntos amenazados; hace que su tropa le prometa morir antes que rendirse, y pronto aquel heroico oficial cae con el pecho atravesado por una bala, expirando en seguida sin fuerza para pronunciar una sola palabra.

La muerte de Danjou arrebató al ejército uno de los oficiales que más brillaban por su valor y por su saber. ¡Que el nombre de este joven héroe jamás se dé al olvido, siendo ejem-

plo su denodado esfuerzo á los que abrazan la seductora carrera de las armas!

El subteniente Vilain tomó el mando, renovando con su gente el juramento de morir antes que capitular. Continuó la defensa con igual energía. A medio día se oyeron sonar tambores y clarines; un lampo de esperanza vino á reanimar á aquellos valientes, creyendo que les llegaba algún socorro. Mas ¡ay! que sólo algunos instantes duró aquella ilusión; eran los batallones regulares mexicanos que venían á añadir el peso de sus armas en aquella lucha tan desigual.

El enemigo llegó á abrir brecha en el muro en cuyo frente estaba la puerta de entrada y esta brecha, de tres metros de ancho, permitía hacer fuego por la espalda á los defensores de las puertas principales. Otra brecha abierta en el muro del cuarto ocupado por el enemigo le facilitaba la vista interior del patio por todas partes.

Aquel era el punto más peligroso de toda la defensa. Como á las dos de la tarde el subteniente Vilain caía mortalmente herido en la frente por una bala, en los momentos en que, con una bravura incomparable, estimulaba á sus soldados á la lucha.

Por mucho tiempo este oficial intrépido será llorado de los que le conocieron.

El mando recayó en el último oficial sobreviviente, M. Moudet, abanderado del regimiento, que había solicitado el favor de tomar parte en el reconocimiento explorador.

Hacía un calor sofocante; la tropa no había comido desde la víspera ni nadie había vuelto á beber desde en la mañana. Lo que los heridos sufrían, casi muertos de sed, era horrible, é imposible de dar alivio alguno á sus males. Fué preciso recurrir á todos los expedientes que en tales casos impone la dura necesidad para apagar la sed. ¡Algunos bebían su propia sangre!

Como dos horas habrían transcurrido cuando el enemigo hizo nueva intimación, que fué peor acogida que la primera. Tomando entonces una resolución extrema, amontonó paja en el ángulo Nor-Este en el frente Norte y debajo de los portales de afuera, y la prendió fuego. El humo, impulsado hacia el patio por el viento, cegaba á los soldados, añadiendo nuevos sufrimientos á las terribles angustias de la sed.

Así se mantuvieron hasta en la tarde disputándose las brechas y las aspilleras.

Como á las cinco hubo un momento de tregua; el enemigo apiñó su infantería al abrigo de una casa, dirigiendo el Jefe á aquellos infelices un discurso, que un soldado de la Legión, de origen español, tradujo así: "Tiempo es ya de que acabemos con estos maldecidos franceses, reducidos ya á unos cuantos hombres consumidos de fatiga: sería una vergüenza imperdonable para los mexicanos si no capturamos á los pocos que quedan. Hagamos un esfuerzo y asaltemos la casa."

Inmediatamente empezó de nuevo el ataque, precipitándose el enemigo en el patio por todas las aberturas á un mismo tiempo; los hombres que estaban colocados en la misma abertura fueron arrollados por la masa á pesar de su resistencia desesperada.

M. Maudet con siete hombres se había retirado entre las dos puertas del patio, á un portal en ruinas, defendiéndose allí todavía hasta quemar los últimos cartuchos, después de lo cual todo esfuerzo sería inútil; así lo comprendió, y no sin asomarle á los ojos las lágrimas, envió la última bala al enemigo, preparándose á morir dando todavía una carga á la bayoneta.

En el momento en que, á la cabeza de su gente, se precipitaba fuera del portal, todas las punterías del enemigo le fueron dirigidas á él; el fusilero Gatteau se interpuso para que su cuerpo sirviese de muralla al oficial, é instantáneamente cayó fulminado, quedando el mismo Maudet gravemente herido con dos balazos.

El enemigo entonces se precipita apoderándose de todo lo que aun respiraba. Eran las seis de la tarde. Aquella tropa de héroes había sabido resistir por doce horas á un enemigo treinta veces superior en número.

Nuestras pérdidas en aquel combate fueron de tres oficiales muertos, porque Maudet murió en Huatusco pocos días después, de resultas de sus heridas; veinte entre sargentos y soldados muertos durante la acción, y siete muertos de resultas de las heridas; y diez y seis heridos entre sargentos y soldados.

El enemigo tuvo doscientos cuarenta muertos y ciento setenta y seis heridos.

¡Noble derrota! sin duda más gloriosa que la victoria

alcanzada por el enemigo, quien en vista de tamaña resistencia no supo comprender todo lo que tenía de heroica, y no se avergonzó de mandar quemar á aquellos á quienes sus balas no habían podido tocar!

¡Honor y gloria á tan valiente compañía, decía el General en Jeje al ejército en la respectiva orden del día; honor á esos valientes cuya conducta en el combate les asegura una gloriosa resonancia donde quiera que sepa comprenderse cuán sublime es el sentimiento del deber llevado hasta el extremo de despreciar la muerte!"

Acampóse en medio de la poblacioncilla, colocando en el centro del campamento los carros del convoy; y aprovechando el tiempo para explorar las huertas circunvecinas, cortamos allí naranjas y limones, pequeñitos, pero finos y de un sabor exquisito. Las naranjas allí nunca llegan á madurar, y son de mala calidad.

Los alrededores del Camarón son boscosos y abundan en árboles frutales de toda especie. El bananero, planta que produce una masa sustanciosa en un pequeño espacio de terreno, da racimos que contienen de ciento á ciento cincuenta plátanos. Es el árbol de la Providencia para los indios. La piña, el guayabo, el cafeto, el cacaotero, el ahuacatero y otros mil árboles de América.

Divísanse á lo lejos prados extensos poblados de numerosas manadas de caballos salvajes que corrían al aproximarnos; más allá, grupos de bueyes de grande alzada, que pascían sosegada y abundantemente. Esas campiñas tan insalubres, son de una fecundidad notable; de una vegetación exuberante, produciéndolo todo sin participación del hombre. El indio de aquellas comarcas puede fácilmente vivir sin trabajar, encontrando en el campo por donde quiera alimentos más que suficientes para vivir. Y sin embargo de ser este país tan rico, está desierto. Los malhechores y los bandidos todo lo explotan en provecho suyo, plagiando y desbalijando á los que encuentran en los caminos, y asaltando y pillando las casas que encuentran á su paso.

¿Qué porvenir puede esperar á un país tan fértil, en poder de mendigos y holgazanes que, por no trabajar cometen toda suerte de violencias, siempre seguros de la impunidad?

¿Podría allí alguna vez implantarse una población honorable, bastante numerosa para organizarse y defenderse? Lo insalubre del clima en toda la tierra caliente será por mucho tiempo un obstáculo insuperable á la buena colonización. De todos modos, quizá prosperarían esas comarcas si los indígenas tuvieran la certeza de no verse inquietados.

V.

Vivaques de Paso Ancho, el Chiquihuite y el Atoyac.

Al despuntar del día pusímonos en marcha para Paso-Ancho. El calor se hacía muy sensible en aquellos pantanos que nos rodeaban; miasmas mefíticos se desprendían del herbazal tupido que pisábamos á derecha é izquierda del camino, y nuestros carros rodaban lentamente por aquellos senderos invadidos por las aguas de los torrentes sin cauce que inundan aquellas fértiles praderas.

A eso de las tres llegamos al vivaque situado en una loma á cuyo pié serpentea una pequeña corriente. Todos corrimos llevando nuestras cantimploras para llenarlas en aquel arroyuelo, cuyas aguas cristalinas estimulaban nuestra sed. Era frecuente que en muchos días no bebíamos más que la agua hedionda de los pantanos, causa y origen de todas nuestras enfermedades, regalándonos la rara vez que encontrábamos con agua limpia, cual si fuese una exquisita golosina.

En un bosquesillo de árboles, junto del cual estaba nuestro campamento, pusímonos á cazar iguanas, lagartijas de un color verde y oro, enteramente inofensivas y como de un pié de largo; su carne blanca pasa por ser muy delicada. Hicimos buenas fritadas de esta caza singular que dizque tiene un sabor finísimo. Por mi parte confieso que no dejó de causarme repugnancia hincar el diente por primera vez en bocado para mí tan nuevo, y sin embargo, aquella carne me pareció delicada y sabrosa; solamente habría deseado no haber conocido la figura de aquella bestia antes de destazarla.

Los huevos se reputan excelentes; los gastrónomos elogian su salsa, prefiriéndola á la de huevos de cangrejos. La fecundidad de las hembras de la iguana es sorprendente, encontrándose en el vientre á las veces hasta veinte y cinco ó treinta huevos del tamaño de los de palomas.

Una tempestad muy considerable nos cayó encima al anochecer; nos vimos inundados; una racha de viento amenazó arrancar nuestras tiendas, quedando deslavado por el agua su suelo donde estaban afianzadas, no siéndonos posible dormir ni un solo instante.

Antes de amanecer levantamos el campo poniéndonos en camino hacia Paso del Macho, puesto militar el cual una orden reciente había prescrito que estuviese ocupado por dos compañías. El número de nuestros enfermos había aumentado durante la jornada á causa de la mala noche anterior, á términos que, para continuar la marcha, fué preciso montarles en los carros. Daba compasión ver á muchos de aquellos desgraciados; el mayor número presentaba un estado verdaderamente alarmante.

Muy entrada la noche llegamos al vivaque; toda la columna hallábase extenuada de fatiga, pues aquella marcha lenta en medio de un calor excesivo nos cansaba más que si anduviésemos un largo espacio á paso de camino.

Paso del Macho era un pueblecito abandonado desde la llegada de los franceses, habiendo los pobladores dejado sus casas, en parte por el temor de los malos tratamientos á los cuales creían verse sometidos por nosotros, y en parte porque el partido liberal á ello les obligaba. Las casas vacías fueron, pues, ocupadas por las dos compañías del 99^o de línea que guardaba este puesto militar. La aldehuela es insignificante en sí misma, pero los plantíos de sus alrededores son notabilísimos por su abundancia. Todos los campos circunvecinos, con su rica vegetación, sus frutales y numerosos ganados de caballos y bueyes, estaban desiertos. Orillas del camino y en las huertas abundan los mangos, cuya fruta succulenta y aromática nos causó gran placer. Los bananeros pululan por donde quiera ofreciendo sus frutos abundantes y sabrosos.

Del Camarón á Paso-Ancho y de este punto á Paso del Macho, todas las casas esparcidas á lo largo del camino habían sido recientemente incendiadas; de Veracruz allí solo habíamos visto el espectáculo de la destrucción, sin que nuestros ojos tropesasen con una sola choza que estuviese habitada.

Vivamente nos entristecía el pensar en la miseria que en
COLEGIO DE GUADALUPE—19